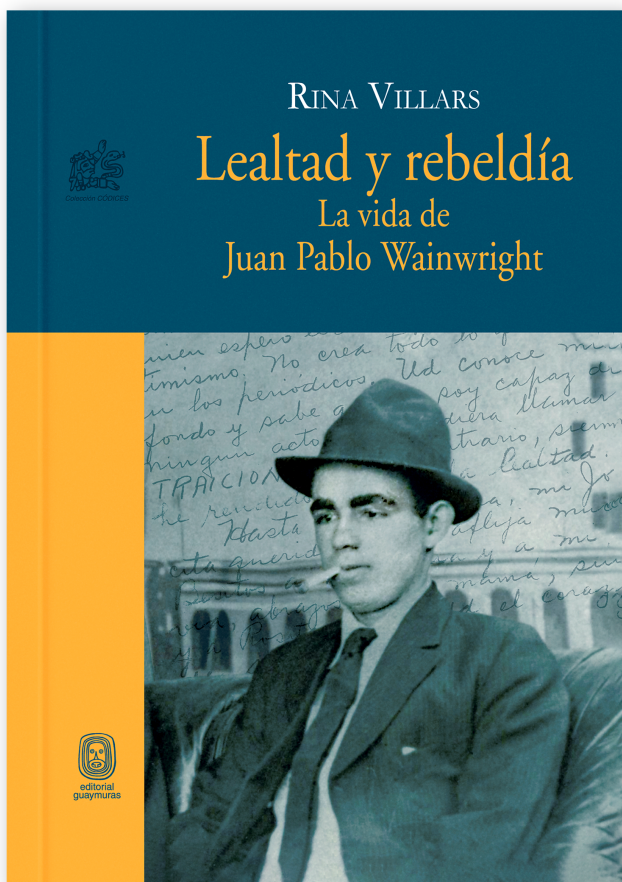


En las siguientes páginas está
el **primer capítulo** del libro:



Conoce la historia de este personaje hondureño,
fundamental en la organización de los trabaja-
dores en los años 20 y 30 del siglo pasado.



I

EL PESCADOR

1. Un pescador bien puede estremecerse,
mientras el agua fluye, viendo pasar
la sombra de un muerto en el patíbulo

Las palabras anteriores, señor Wainwright, corresponden a su silueta verbal trazada por el escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle, unos meses después de que usted fue —según la historia oficial— fusilado por un pelotón de tiradores del gobierno de Jorge Ubico, el 18 de febrero de 1932, cinco minutos antes de las cuatro de la tarde¹. No sé hasta qué punto su sombra de muerto estremeció a los pescadores de ideales con los que usted trabajó en su natal Honduras, en El Salvador y en Guatemala. Pero la sombra de su muerte, señor Wainwright, todavía estremece a sus hijas Silvia y Elena, la niña de dos años, y de sus dos ojos, a quien usted llevó a su lado a Guatemala —unas semanas antes de su apresamiento—, porque su presencia le era tan vital como su clandestina actividad de agitación política contra el gobierno de Ubico.

El estremecimiento que su muerte aún provoca en su hija Silvia, a la que me une una hermosa amistad desde el momento en que la conocí en 1994, es la principal motivación que me ha llevado a escribirle esta epístola. No tuve antes esta humana intención, sino una puramente política: escribir un libro sobre usted. Esta idea inicial surgió después de que escribí mi primer libro, el cual es un testimonio de Graciela

1. Rafael Heliodoro Valle, «Heliodoro Valle traza la silueta del líder comunista Juan Pablo Wainwright», *Revista Tegucigalpa*, n.º 300, serie 75, 9 de octubre de 1932, p. 8.

García, la «comunista roja hasta la médula» —como la llamaba el obispo Hombach—, que usted alojaba, junto a otros camaradas, en su casa de San Pedro Sula cuando llegaban allí desde Tegucigalpa a hacer trabajo revolucionario. Cuando en 1990 le hablé de mi intención de escribir un libro sobre usted a Ramón Oquelí —un historiador cuya generosidad se alzaba siempre al lado de su empinado intelecto con majestuosa humildad—, me dijo: «Yo tengo un viejo proyecto de escribir un libro sobre Wainwright, pero con gusto se lo delego». Ramón Oquelí tenía incluso el título del libro que escribiría sobre usted: «Un señor llamado Juan Pablo Wainwright».

Según Rigoberto Padilla Rush (secretario general del Partido Comunista de Honduras, reorganizado en 1954, dos décadas después de que desapareciera el Partido Comunista fundado en 1928), Ramón Oquelí, «ocupado con sus múltiples tareas docentes en nuestra Universidad Nacional pensó que no tenía tiempo para darle digno final a tan interesante proyecto y decidió entregarle la rica información acumulada a una joven historiadora hondureña: Rina Villars»². Ramón Oquelí puso en mis manos —que valga la aclaración, no son las de una historiadora sino de una lingüista— valiosos documentos sobre usted. Entre ellos puedo mencionar una copia de su testamento —firmado el 12 de febrero de 1932, tres días después de que un Consejo de Guerra decretó su pena de muerte—, su acta de defunción, documentos relacionados con su árbol genealógico, y artículos que él había publicado en la prensa hondureña sobre usted. Confieso, sin embargo, que la información derivada de estos documentos es menos valiosa que otra información proporcionada por el mismo Ramón Oquelí. Él me habló de su hija Silvia Wainwright y me dio su dirección en Alexandria, Virginia, Estados Unidos, donde ella reside desde 1968, cuando se trasladó a este país para trabajar con la Organización de Estados Americanos (OEA).

2. Rigoberto Padilla Rush, «Un hombre apodado Juan Rayo», *El Heraldo*, Tegucigalpa, 15 de febrero de 1998, p. 14.

A través de Silvia he tenido acceso a las cartas que usted escribió a su esposa, incluyendo las escritas en prisión. Sus cartas me han acercado a un Juan Pablo esposo, hijo, padre, hermano, distinto al Juan Pablo «audaz», «mordaz», «violento», «anarquista», «aventurero», que conocía a través de las múltiples, confusas y contradictorias referencias sobre su persona. Por Silvia he sabido que su esposa quedó sumida en una desolación profunda y permanente a raíz de su muerte; que se alimentó por años con la visión de sus objetos personales que guardó en un baúl negro, hasta que Silvia la obligó un día a que los destruyera para que alejara de su lado la presencia dolorosa de su fantasma. Su fantasma, señor Wainwright, también ha obsesionado a Silvia. Desde muy pequeña, dice,

extrañé mucho la figura paterna; creía que todos los hombres que me hablaban eran mi padre. Cuando crecí más, envidiaba a los niños que lo tenían, y tenía fantasías increíbles con él. Siempre confíe profundamente en que sucedería un milagro, y que mi padre llegaría a casa y las cosas iban a mejorar para todos³.

Un día sucedió el milagro, aunque en una forma y en un momento no imaginados por Silvia. Usted llegó, a mediados de los años sesenta, a la oficina de las Jornadas de la Alianza para el Progreso en San Salvador, donde Silvia trabajaba. Lo llevó el escritor Pedro Geoffroy Rivas. Éste se acercó al escritorio de Silvia, porque le llamó la atención su apellido, y le preguntó si ella era pariente de Juan Pablo Wainwright. Cuando Silvia respondió que usted era su padre —me imagino que con cierta vacilación, pues desde niña le había atormentado el hecho de ser la hija de un hombre que había sido fusilado—, el señor Geoffroy Rivas se identificó como su amigo y compañero de luchas revolucionarias. «Ante un grupo de personas relató brevemente el papel que jugó mi padre en la causa socialista, y sobre todo que vivió y murió como un valiente amante de la clase obrera. Fue esa la primera vez que me sentí

3. Carta de Silvia Wainwright a la autora, 5 de mayo de 1994.

orgullosa de ser su hija, y así se lo relaté a mi madre»⁴. A partir de ese día, la palabra fusilamiento, cuyo significado preguntó Silvia muchas veces a sus maestras de los primeros grados, perdió, para siempre, su evocación humillante.

Ramón Oquellí me remitió también a doña Erika Rheinboldt, a quien usted conoció en 1922 en la casa de la familia Nuila, en Tegucigalpa. Cuando entrevisté a esta vivaz señora en su casa de la colonia Miramontes de Tegucigalpa, el 26 de agosto de 1992, vi cómo rejuvenecieron sus cansados ojos al hablarme de usted.

Yo en mi vida —me dijo— sólo he conocido a una persona tan encantadora como Juan: Presentación Centeno. Juan no era guapo, pero cuando él hablaba se transformaba su fisonomía, se volvía atractivo, irradiaba simpatía, comprensión de lo que decía porque era una enciclopedia ambulante. Se iban las horas hablando con él. Le gustaba contar chistes con una gracia inimitable; le daba colorido a cualquier incidente que para cualquiera podría pasar desapercibido⁵.

Permítame ahora, después de esta digresión, aclararle por qué, finalmente, decidí escribirle *a* usted en lugar de escribir *sobre* usted. La distinción entre estas dos formas estilísticas no es en este caso puramente retórica, sino que refleja mi intención de explorar más los contornos de su figura humana que los contornos de su imagen revolucionaria. Y aunque sé que en su caso ambos contornos se traslapan, el impersonal «sobre» me distancia de usted como Juan Pablo Wainwright y me acerca sólo al revolucionario «envuelto en la leyenda, en la deformación interesada de sus enemigos o en la espontánea de sus admiradores», como dijo Ramón Oquellí⁶. Al dirigirme a usted en segunda persona, usted se convierte en el referente directo de mi escritura, lo que me ayuda a estar alerta para no caer en la deformación mítica de su figura; una tarea

4. Carta de Silvia Wainwright a la autora, 5 de mayo de 1994.

5. Entrevista de la autora con Erika Rheinboldt, el 26 de agosto de 1992, Tegucigalpa.

6. R. Oquellí, «Un señor Juan Pablo Wainwright», *Revista Ariel*, Tegucigalpa, mayo-junio 1974: 11-13, p. 13.

para nada fácil pues, en los treinta y ocho años y cincuenta y seis días de su vida azarosa, lo real y lo fantástico se confunden incesantes veces.

2. Los periquitos en la cocina de su hija Silvia

El día que conocí personalmente a Silvia Wainwright, en el verano de 1994 (ya antes había tenido correspondencia escrita con ella), sacó de una caja sellada los documentos que sobre usted guarda con celo, pues constituyen, en palabras de la misma Silvia, «la escasa herencia que nos dejó mi padre». Su propósito era que yo los revisara para que decidiera cuáles servirían para mi proyecto. Sentadas cómodamente en un sofá en la sala de su apartamento 301, ubicado en el tercer piso de un *townhouse*, en la calle Armistead de Alexandria, Virginia, Silvia sacaba cartas, tarjetas postales, fotografías, recortes de periódicos, algunos de sus documentos personales, y ponía uno a uno en mis manos con la misma solemnidad que el sacerdote pone en manos del comulgante la hostia consagrada. Yo apartaba los documentos seleccionados, ya que ambas iríamos después a fotocopiarlos a una tienda cercana. De pronto, ella arrebató con un furor cortés una de las muchas cartas que, desde la ciudad de Guatemala, usted le escribió a Eufemia Durán, su Fema, su querida jovencita (diecisiete años menor que usted), su compañera de hogar, la madre de Silvia y de Elena. «¡Ésta no!», dijo Silvia con tono de asombro y de firmeza. «Permítame leerla», le respondí con serenidad.

Mientras Silvia llamaba la atención a una media docena de periquitos que aloja con severa ternura en una jaula abierta de la que pueden salir libremente de la cocina y volver a ella, mis ojos recorrieron cada palabra de la carta que usted escribió con su puño y letra en un impecable español, en la Penitenciaría Central de Guatemala, el 5 de febrero de 1932, justo cuatro días antes de que un Consejo de Guerra ordinario decretara su pena de muerte por el «grave delito de traición».

Mi muy querida Fema:

Quizás ya le habrá llegado la noticia de mi detención aquí, ocurrida el 7 de enero. Se trata de lo mismo por lo que tanto sufrí en Honduras. Después de profundas reflexiones, de día y de noche, durante 28 días, le dirijo estas líneas, mi adorada Jovencita, y en ellas voy a expresarle los deseos y los sentimientos de mi corazón, seguro de que usted los acogerá y secundará con la misma constancia y nobleza de siempre. Es natural que mi actual situación la aflija, mas yo le suplico, con todo el fervor de mi corazón, que tenga valor una vez más, que será la última vez que la someteré a tan amarga prueba. No permita que sufra su salud, porque nuestras hijitas la necesitan hoy más que nunca y también porque cualquier quebranto que llegara a sufrir Ud. o las niñas me precipitaría a la más completa desesperación. Quiero que sea, otra vez, el alma de acero y la amorosa madre que fue en San Pedro Sula y que tantas simpatías y admiración le merecieron⁷.

Seguí leyendo la larga carta en la que usted da recomendaciones a su Fema sobre cómo cuidar la salud de sus dos pequeñas y de cómo moldearles el carácter, usando como método el amor en lugar del rigor. Retomaré este punto más adelante, no sólo porque en él usted expresa un conmovedor amor hacia sus dos hijas, sino también porque a través de él se revelan signos de la huella que en usted marcó la ausencia del amor materno. En esta misma carta usted expresa que «no he llorado la muerte de mi papá [Alfredo Wainwright, el inglés que al enviudar en Belice se trasladó a Honduras en las postrimerías del siglo XIX en busca de amor y fortuna] porque he luchado por no entregarme a la terrible desesperación que me sobrecogería si me permito pensar en la pérdida de mi querido e inolvidable papá. Lo lloraré cuando vuelva a su lado y Ud. me pueda consolar. Ahora que él nos dejó yo no tengo más apoyo moral y fuente de cariño y consejos que es Ud.»⁸.

7. SW. JPW a Eufemia Durán, 5 de febrero de 1932.

8. *Idem*.

En 1928 usted llegó a San Pedro Sula con Eufemia Durán, una muchacha alta y delgada. Ella había sido su empleada en su tienda «Wainwright & Cía.», en San Salvador, donde se vendían máquinas de escribir y extinguidores de fuego. Ese año de 1928 se involucró activamente en la candidatura presidencial del liberal Vicente Mejía Colindres. Según su amiga Erika Rheinboldt, el día de las elecciones, el 28 de octubre de 1928, usted «no durmió las veinticuatro horas trayendo gente de Chamelecón y otro lugares para que vinieran a votar por Mejía Colindres, llevaba y traía gente en su auto, un Ford en forma de jeep». Usted, me dijo la entrevistada, «tenía mucha esperanza en Mejía Colindres, pero después de la elección, no participó en nada, se decepcionó profundamente». «Entonces en ese momento (1928) —le pregunté a doña Erika— ¿Juan Pablo Wainwright no era comunista?». Esta fue su respuesta:

Juan nunca nos dijo nada sobre comunismo. Estando vivo muchas personas nos preguntaban que por qué yo y mis hermanas teníamos amistad con él, que era comunista. Yo siempre lo defendía y decía, «para mí él no es comunista, él es un amigo que vuela para hacer un favor a un amigo». En aquella época ser comunista era peor que ahora. Su trabajo comunista tuvo que ser muy sutil, bajo, bajo, nadie sabía que era comunista. No me habló sobre comunismo, pero sí sobre las injusticias sociales porque él tenía una sensibilidad social elevada y un corazón de oro⁹.

La fecha de su incorporación al movimiento comunista de Centro América es imprecisa. Graciela García afirma en su libro, *En las trincheras de la lucha por el socialismo*, que usted se incorporó al Partido Comunista de Honduras en 1928¹⁰. Según su hija Silvia, usted salió de El Salvador —alrededor de 1928— en forma intempestiva porque el gobierno de Pío Romero Bosque le dio 48 horas para salir debido a sus actividades políticas en aquel país.

9. Entrevista de la autora con Erika Rheinboldt, 26 de agosto de 1992, Tegucigalpa.

10. Graciela García, *En las trincheras de la lucha por el socialismo*, B. Costa-Amic Editor, México D. F., 1975, p. 31.

En las declaraciones que brindó al Consejo de Guerra guatemalteco, el 9 de febrero de 1932, usted dijo que se incorporó «al comunismo» en 1928, y que desde entonces «había venido varias veces a Guatemala, no recuerda cuántas»¹¹. Lo que crea confusión entonces es su participación en la campaña presidencial de Mejía Colindres, pues los comunistas hondureños repudiaban abiertamente a los dos partidos políticos tradicionales, el Nacional y el Liberal.

En 1927, Manuel Cáliz Herrera, el más visible comunista de la época, había fundado, junto con Zoroastro Montes de Oca, el Partido Socialista Hondureño, en cuyo manifiesto se dice: «Los partidos de índole histórica han demostrado su incapacidad para conducir el carro del progreso», debido a que «han entrado ya en la más vergonzosa descomposición y están en plena bancarrota moral»¹². En el mes de la elección de Mejía Colindres, octubre de 1928, Cáliz Herrera guardaba prisión en el presidio de Puerto Cortés debido a su labor de agitación entre los trabajadores de la zona norte.

Detengámonos un poco en la trayectoria política de Cáliz Herrera, porque ayuda a configurar el escenario del movimiento comunista hondureño en que usted entra, posiblemente, entre finales de 1928 o principios de 1929. La trayectoria política de Cáliz Herrera desmitifica, además, la creencia —común entre la izquierda hondureña— de que usted y Cáliz Herrera cantaron por primera vez, y a «dúo», el himno bolchevique en Honduras. Los dos lo cantaron, sí, pero con distintas voces y ubicados en diferentes ángulos del nebuloso escenario del comunismo hondureño de esa época.

11. «Juan Pablo Wainwright en escena», *El Liberal Progresista*, Guatemala, 9 de febrero de 1932, p. 5.

12. «El Partido Socialista Hondureño. Manifiesto a los obreros, obreras y campesinos», en Rina Villars, *Porque quiero seguir viviendo: Habla Graciela García*, Guaymuras, Tegucigalpa, 1991, pp. 324-328.

II

EL MÍTICO DÚO

Gabriel, Cornelita,
Catalina, Lucrecio,
oíd la historia
de Juan Pablo y Manuel.

Ellos no crearon lo que ya estaba creado.
Tampoco dieron nombre a las cosas nombradas.
Simplemente vieron la relación de los hechos
con los vocablos de su designación.

Aquí en Honduras repitieron un canto ya cantado.
Pero fueron los primeros en cantarlo,
a dúo, bajo el eterno sol maya tolteca,
frente al eterno mar de los descubridores.

Por eso después que han muerto,
después que han pasado tantos años,
buscadlos de noche en los signos de la Primavera,
en el zodiaco.

Y miradlos alegres,
el uno al lado del otro
como dos niños al borde de un alto río,
en la constelación de Géminis.

MEDARDO MEJÍA¹³,
«Manuel Cáliz Herrera y Juan Pablo Wainwright»
(fragmento)

13. Medardo Mejía (poeta hondureño, 1907-1980). Poema publicado en *Revista Ariel*, Tegucigalpa, nº 255, abril 1973, pp. 23-25.